del ejército cristiano á no haberle abierto Dios un camino mas facil para bajar á la llanura. Al hacerse cargo Alfonso de la inmensidad del peligro, llamó á consejo á reyes, grandes y prelados; mas no quiso acceder de modo alguno á la idea de retroceder una ó mas jornadas en busca de una entrada mas obvia á las Navas de Tolosa. «Nuestras mismas tropas, dijo, achacaran á miedo nuestra retirada, y los que hasta aqui han seguido nuestras pisadas abandonaran nuestras banderas. Arrancaran de sus hombros la cruz creyendo que no queremos pelear con los Moros; y ¿quién bastara á detenerlos si llegan á dar un solo paso fuera de nuestro campamento? Los que sirven á Dios no han de temer la muerte: arrojémonos sobre los enemigos: Dios es nuestro caudillo, y el que aterró legiones de ángeles rebeldes y abrió los abismos del mar á uno de sus ejércitos, aterrará á los infieles y nos allanará el camino de la victoria. ¡Que no pueda decir el enemigo que ha visto las espaldas á un cristiano! ¡que pase primero la espada sobre nuestros cuellos y sobre nuestros cadáveres las plantas de los caballos africanos!»

Mostróse Alfonso tan bravo y tan resuelto á pasar la Losa, que hasta los mismos que le habian aconsejado la retirada deseaban ser los primeros en pasarla; mas Dios, que desde lo alto de su trono estaba velando por sus soldados, no queriendo ponerles en tan gran peligro, les envió á un pastor mal cubierto de andrajos que les abrió camino por donde menos esperaban. «Natural de estos montes, dijo el pastor á los reyes, conozco los secretos de esta sierra. Anduve muchos años por ella apacentando ganado y saltando tras la caza, y sé lugar por donde bajeis sosegadamente á la llanura. Seguidme: os juro que habeis de hallar campo en que lidiar antes que los Moros puedan caer sobre vosotros.» Admirados los reyes al oir estas palabras dudaron de que pudiesen salir ciertas; mas sospechando que en labios de persona tan humilde podia haber puesto el Señor uno de sus avisos infalibles, mandaron con él á dos de sus mejores caballeros para que viesen la senda por donde habia de pasar el ejército á las Navas. Supieron por estos en el mismo dia cuán facil les era la bajada rodeando el monte y tomando otro puerto sito mas al occidente: regocijáronse en Dios, y enardecidos mas y mas por ese nuevo favor del cielo, movieron al rayar el alba todo el campo despues de haber asistido á la celebracion del sacrificio divino y recibido la ben-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

dicion del arzobispo de Toledo. Abandonaron por inútil á sus miras el castillo de Castro Ferral, y partieron llenos de aliento para el lugar descubierto por el pastor, lugar muy á propósito para acampar y preparar la batalla (1).

Los infieles en tanto no hacian mas que dar gritos de victoria. Veian desocupadas las cercanías del puerto de la Losa; y creyendo que los Cristianos les habian cedido el campo, esperaban alcanzar uno de los mas soberbios triunfos. Mas debieron perder pronto sus esperanzas. Vieron á poco brillar cerca de sí lanzas y pendones enemigos; y como vieron y oyeron levantar en frente de las suyas innumerables tiendas, se estremecieron de asombro y destacaron precipitadamente algunos escuadrones, que apenas hubieron llegado al ejército de Alfonso para impedir el asiento de sus reales, tuvieron sobre sí las espadas de millares de cruzados y hubieron de retroceder despues de una recia y larga escaramuza. Juzgaron entonces llegado el momento de la batalla, dejaron el paso de la Losa, bajaron todos á las Navas, pusieron en orden sus huestes, y ya dispuestos á la pelea, esperaron al enemigo hasta que asomó la noche. No viendo en todo el dia que se moviesen los Cristianos sino para construir mas y mas tiendas, deshicieron sus haces; pero ya tan llenos de arrogancia que el Emir no dudó en escribir á Jaen y Baeza que tenia cercados á tres reyes y esperaba cautivarlos en el espacio de tres dias. Volvieron al amanecer á ordenar sus huestes; mas sin alcanzar tampoco que las ordenara el enemigo.

Los reyes cristianos habian resuelto no aceptar la batalla hasta dos dias despues de haber entrado en las Navas, y se mantuvieron firmes en su campamento hasta que acercándose ya el plazo empezaron á animar al ejército con pláticas religiosas, á enfervorizarlo con

(1) Llamábase este pastor, segun escriben muchos cronistas, Martin Alhaja, y dicen de él, que agradecido el rey, le armó caballero y le dió por armas siete jaqueles rojos en campo de oro con orla azul, y seis cabezas de vaca blancas por una que él dió por señal de la entrada de las Navas. Dicen otros, y lo creen asi en Baeza, que se llamó el pastor Martin Malo, nombre que lleva aun una torre y Dehesa de la comarca de la misma ciudad, que suponen le fué cedida por la liberalidad de Alfonso. No falta tampoco quien ha creido que fué S. Isidro el de Madrid el que condujo los reyes á las Navas; y hasta hay quien asegura que fué un ángel enviado por el Señor para guia de su ejército. El hecho de suyo singular ha dado motivo á mil conjeturas y á mas ó menos fundadas tradiciones; y esta es sin duda la causa de que haya sido tan diversa la opinion de los que se han dedicado á investigar qué nombre tuvo el pastor y de qué familia noble fué cabeza.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

las gracias espirituales de la cruzada y á moverlo para que se dispusiera á lidiar y á derramar su sangre. Llamaron á media noche á los heraldos, los esparcieron por todo el campamento, y dieron orden de armarse á los caballeros, de aparejarse á los soldados, y de moverse para el combate á cuantos militaban bajo las banderas de Jesucristo. Hicieron celebrar misa en un altar levantado sobre una cumbre; la oyeron ellos y sus caballeros armados de todas sus armas, y doblada humildemente la rodilla, confesaron y fueron absueltos por el arzobispo D. Rodrigo, que les bendijo á todos á tiempo en que empezaban á palidecer las estrellas ante la primera luz de la mañana. Y fueron luego á disponer sus haces y á poner en orden el ejército, que al agitarse entre las tiendas, hizo sentir en toda la llanura un rumor parecido al que precede á las tempestades de verano.

Dividieron el ejército en tres grandes secciones: Alfonso de Castilla tomó la del centro; Sancho de Navarra la del ala derecha; Pedro II de Aragon la del ala izquierda. Subdividió Alfonso la suya en cuatro huestes y en tres D. Pedro. Iban en la primera del rey de Castilla D. Diego Lopez de Haro, sus hijos D. Lope y D. Pedro, el infante de Leon D. Sancho Fernandez, D. Martin Nuñez de Hinojosa, el alferez de Madrid D. Íñigo de Mendoza, Pedro Arias de Toledo que servia de alferez mayor, los parientes y los vasallos de Haro, y los pocos cruzados estrangeros que quedaron en el ejército despues de la toma de Calatrava (1). Gobernaba D. Gonzalo Nuñez de Lara la se-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

(1) Sobre las gentes que vinieron para esta campaña de naciones estrangeras escriben con bastante vaguedad los escritores de aquella época. En Rodrigo de Toledo leemos: «E el venir de las gentes comenzó desde el mes de Hebrero, é vinieron pocos á pocos cada dia, ansí que por todo el invierno vinieron en guisa que quando el verano entró eran ya muchos ayuntados en Toledo. Y porque las gentes eran muchas é de muchas tierras é de muchos lenguajes é en el departamento é en el vestir é en las costumbres, por ende ordenó el rey D. Alonso que el arzobispo D. Rodrigo que demorasse en Toledo de donde era arzobispo porque guardasé las gentes de pelea... E porque aquellas gentes que venian cansadas eran muchas, ordenó el noble rey D. Alonso que posassen por menos trabajo en la Huerta del rey so los árboles á costa del rey fasta que movieran para la lid... Comenzaron las gentes á venir á la fama de la lid que avia de fazer el noble rey D. Alonso de Castilla con los Moros. E vinieron muchos de tierra de Francia, é vino el arzobispo de Burdeos, é el obispo de Nantes, é muchos Ricos-Homes. E vinieron otrosí de tierra de Lombardía muchos caballeros simples é muchos homes de á pié. E vino otrosí el arzobispo de Narbona D. Arnalte que fuera otro tiempo abad del Cistel... Este arzobispo de Narbona D. Arnalte truxo consigo muchos cruzados de la Francia de los Godos que traian muchas armas é muchas sobreseñales, é venian bien guisados; é llegó allí á Toledo é recibiólo el noble rey D. Alonso é el arzobispo D. Rodrigo de Toledo mucho honradamente...» En la carta que el rey D. Alonso escribió al papa haciéndole relacion de esta jornada, está, sin embargo, este hecho

gunda, compuesta de los tercios de Velez, Alarcon, Huete y Cuenca, de los caballeros del Temple, de los de S. Juan, de los de Calatrava y de los de la orden de Santiago. Acaudillaba la tercera Rui Diaz de los Cameros, á quien acompañaban su hermano Alvar Diaz, Juan Gonzalez Ucero, Gomez Perez de Asturias, García Ordoñez y los tercios de S. Esteban de Gormaz, Almazan, Ayllon, Medina-Celi y Atienza. Estaba por fin al frente de la última el mismo rey Alfonso, que iba rodeado de prelados y ricos-hombres de su reino, y llevaba consigo los tercios de Valladolid, Medina del Campo, Olmedo, Arévalo y Toledo. Venia en ella lo mejor y lo mas noble de Castilla: venian en ella el arzobispo D. Rodrigo, el obispo de Palencia, el de Sigüenza, el de Osma, el de Avila, D. Gonzalo Ruiz Giron, D. Rodrigo Perez de Villalobos, D. Suero Tellez, el leonés D. Fernando García y el alferez mayor D. Alvar Nuñez de Lara. Habian sido llamadas á la cruzada todas las clases del Estado, y brillaban allí las armas del rey, las de los grandes, las de los hidalgos y las de los mas ínfimos pecheros.

Las huestes del de Aragon estaban tambien confiadas á caballeros no menos principales de aquel reino. Llevaba García Romero la primera; iban en la segunda Simon Coronel y Aznar Pardo; y acaudillaba la tercera el mismo rey seguido de grandes y prelados como el de Castilla. Habia en aquellas haces condes que llevaban consigo gran número de nobles y soldados, caballeros que acaudillaban brillantes mesnadas, y obispos á quienes seguian cuerpos de tropas armados y sostenidos con el oro de sus arcas. Entre los vizcondes de Rocaverti y los de Villamur descollaba un Moncada conde de Ampurias, un

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

bastante circunstanciado. «Vino, dice el rey, grande multitud de gente ultramontana y tambien los arzobispos Narbonense y Burdiganense y el obispo Nannetense. De manera que llegaron á dos mil soldados con sus hombres de armas, diez mil caballos y cincuenta mil peones, gente de servicio á quienes proveimos nosotros de sustento.» Ejército verdaderamente considerable habia de ser esta cruzada de estrangeros; mas no estuvo toda en la batalla de las Navas. A los pocos dias de abierta la campaña y despues de la toma de Malacon y Calatrava, debida en gran parte á sus esfuerzos, instigados segun unos por el enemigo de todo bien, segun otros por el deseo de volver á ver su patria, y aun segun algunos escritores por celos y desavenencias cuyas causas no nos son muy conocidas, abandonaron casi todos el campo, no quedando de ella mas que el arzobispo Narbonense y Teobaldo Blazon, natural nuestro, con unos ciento y cincuenta hombres de á caballo y algunos de á pié, si hemos de atender mas á la relacion del arzobispo D. Rodrigo que á la del mismo rey, quien asegura que no quedó ningun infante. No tomaron, pues, parte en la batalla mas estrangeros que estos ciento cincuenta y uno, número por cierto bien escaso.

D. Armengol conde de Urgel y un Bernardo de Roger conde de Pallars; entre centenares de lanzas veíanse flotar los pendones de los vizcondes de Cardona, los de los vizcondes de Cabrera y los de los barones de Centellas. Brillaban en torno del rey como las estrellas al rededor del sol los Lunas y los Alagones, y formaban su cortejo varones tan esclarecidos como los Luzias, los Martorens y los Dezlores (1).

No traía el rey de Navarra sino una sola hueste compuesta de al-

(1) Hé aquí, segun Beuter, cuáles fueron los principales caballeros aragoneses que asistieron á esta batalla: con D. Fernando, hermano del rey de Aragon y monge de Poblet, iban su hermano Sancho, conde de Rosellon, su sobrino Nuño Sanchez, hermano de este último, Guillem de Castelnau, Ramon de Canet, Aymar de Moset, Pero Vernet, Andrés de Castel Rosellon, Guillem de Olms, Guillem de Cabestany, Ramon de Vives, Ramon de Torrellas, Pero de Barberá, Tomás de Lupian, Arnaldo de Bañils, etc. Con Moncada, conde de Ampurias: Yofre, vizconde de Rocaverti, Bernardo de Cabanes, Remon Xatmar, Pero de Cartella, Yofre de Valgorvera, Otger de Dorius, Gueraldo de Sarra, Bernardo Guillem de Foxa, Galcerán de Cartellá, Bernardo de Santa Eugenia, Galcerán de Cruilles, Gaston de Cruilles, Pero de Paz, Guillem de Bordills, Pero Azbert Catrilla, etc. Con el conde de Urgél: D. Armengol, primo del rey, Galcerán de Puigverd, Amorós de Rivelles, Gizbert de Guimerá, Bernardo de Mansonis, Remon de Pinell, Guillem del Antoru, Hugo de Troya, Gueraldo de Espes, Guillem de Moya, Guillem de Rubion, Galcerán Sacosta, Oliveros de Termens, Remon de Peralta, Remon de Fluviá, Pero de Oluja, Bernardo de Pons, etc. Con Bernardo Roger, conde de Pallars: D. Remon, vizconde de Villamur, Arnald Aleman de Torella Serveron, Remon Montpensat, Guillem de Bellera, Pero de Cominges, Guillem de Villaflor Roger, Arnald de Orcan, Cerveron de Puigverd, Pero de Pernes, etc. Iban todos estos ordenados en compañías bajo el estandarte de Aragon, y recibian del rey los víveres necesarios para ellos y para sus caballos. Los hubo que asistieron á la batalla á sus propias costas, suministrando ademas lo necesario á los que les acompañaban; y estos fueron el vizconde de Cardona, Guillem Folch, el vizconde de Cabrera, D. Pons, Guillem de Urso, Pons de Santa Paz, Bernardo de Enveig, Gisbert de Castellet, el vizconde de Bas, D. Hugo Remon de Cervera, Bernardo Guillem Saportella, Remon de Monells, Bernardo de Malla, Bernardo de Centelles, Pero de Sent Menat, Pero de Montboy, el senescal Pèrs de Moncada, Guillem de Cervellon, Remon Aleman, Pero de Belloch, Galcerán de Papiol, Bernardo de Tous, Remon Galcerán de Pinos, Hugo de Mataplana, Galcerán de Angresola, Ponce Cagardia, Marc de Villa de Many, Remon de Manlea, Dalmau de Mediona, Pero de Tagamanent, Galcerán de Castelvin, Arnald de Rajadell. Todos estos caballeros, segun se habrá observado, eran de lo que es hoy provincia de Cataluña. Algunos muy principales asistieron tambien de lo que es hoy Aragon, pero en mucho menor número por no ser el rey muy bien quisto de la nobleza, que creia quebrantados por él sus fueros. Asistieron D. Garcia Romeu, D. Lopez de Luna, D. Blasco de Alagon, D. Miguel de Luzia, D. Fernando de Luna, D. Eximen Dezlor, D. Eximen Cornel, D. Isuar Pardo y D. Ferrando de Martorens. Iban, por fin, con el rey de Aragon el conde de Foix, el señor de Mira Poix, el señor de Montesquiu, Beltran de So, vizconde de Onsa, y otros nobles del condado de Foix en número de mas de quinientos: iban Raimundo de Rocaverti, arzobispo de Tarragona, D. Garcia, obispo de Zaragoza, y D. Berenguer de Palavicin, obispo de Barcelona; iban muchísimos abades y dignidades inferiores así de Aragon como de Cataluña. El número de tropas que cada uno de todos estos llevaba no se sabe á punto fijo, solo sí que los tres referidos prelados llevaban consigo cuarenta caballos y mil infantes, armados y alimentados á sus costas, y los veinte y ocho caballeros que acompañaron cada uno de por sí al rey diez mil infantes y dos mil y quinientos caballos. El total del ejército aragonés se hace ascender á veinte mil hombres de á pié y cuatro mil ginetes.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA Generalife

guna gente de su reino, de los tercios de Soria, Segovia y Avila, y de los cruzados de Leon y Portugal; mas no estaba menos acompañado de caballeros tan bravos como ilustres. D. Almoravid, D. Pedro Martinez de Lete, D. Pedro y D. Gomez García, que constituian su séquito, eran varones tan conocidos por su valor como por el brillo de su cuna; y todos supieron dejar en esta batalla una buena memoria de su esfuerzo.

Mas no era bajo este punto de vista menos respetable el ejército de los Arabes, en el que figuraban aun algunos de aquellos esclarecidos walíes que habian medido toda el Africa con su espada, y le habian impuesto sus creencias religiosas derribando con el hierro y el fuego las ciudades, y anegando los campos en torrentes de sangre almoravide. Mohamed habia tambien dispuesto su ejército al rayar el dia, y era cosa de espantar ver tendida en la llanura su inmensa muchedumbre de soldados. Los Motawatynes, puestos de frente contra los Cristianos en número de ciento sesenta mil, formaban la vanguardia; los Almohades y los Arabes de España la retaguardia; trescientos mil advenedizos, recogidos en todos los ámbitos del Imperio, el ala derecha y la izquierda. Los reales del Emir, sentados en una cumbre, estaban ademas circuidos de tropas de todas armas. Al rededor de una estacada que formaban muchos lanzones clavados en tierra por el hierro, habia cuarenta mil negros armados de lanzas y broqueles; dentro de ella muchos piqueros y ballesteros, y á la espalda mas de trescientos camellos unidos con gruesas cadenas de hierro.

Mohamed, no satisfecho aun con escudarse tras las cerradas columnas de su ejército, habia hecho construir para mayor defensa suya esa estacada; y al llegar el dia del combate se puso en medio de ella bajo el cimborio encarnado de los califas que estaba sostenido por un elefante. Cogió el libro santo de Otman que llevaba en un camello enjaezado de oro y seda, vistió el albornoz negro de Abdelmumen, primer Emir de los Almohades, ciñó su mas rico alfange, se sentó en su escudo al lado de su caballo, y rodeado de cadíes y alfaquíes empezó á leer en alta voz las páginas en que el Profeta promete la vida y la bienaventuranza eterna á los que mueran por él en los campos de batalla (1). Mohamed estaba por todas partes bien defendido, y no

(1) Algunos de estos pormenores nos han sido dados por el mismo D. Rodrigo, ar-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

creía deber llegar á desnudar la espada. Detras de los negros y de la gente de á pié, metida dentro de la estacada, tenia aun escuadronados sus mejores caballeros segun el arzobispo D. Rodrigo. ¿De qué le sirvió, empero, tan grande multitud armada?

Empezó la batalla apenas asomaron los primeros rayos del sol. Resonaron de pronto en todo el campo gritos de guerra que despertaron el eco de los cerros mas lejanos, y vinieron á las manos los ejércitos. D. Diego Lopez de Haro, que estaba al frente de la primera haz, se dejó caer con ímpetu sobre los Motawatynes que estaban en la falda de un monte poblado de arboleda, trepó por la vertiente, llegó hasta ellos, y peleó sin retroceder un paso á pesar de ver contra sí millares de lanzas y numeroso el enemigo. Estaba ya desde el principio del combate ayudado por otras haces de Castilla y la primera de Aragon capitaneada por D. García; y aunque veía firmes y denodados á los Motawatynes, al paso que algo quebrantado el ánimo de los suyos, insistía en el avance, y peleando y acalorando en cuanto cabia á sus soldados, forcejaba por romper aquel frente formidable. Mas eran muchos y valientes los Motawatynes: inmóviles contra todo ataque como las rocas contra las olas del Océano, lograron cansar é infundir espanto á los enemigos; y todo el valor de Haro y todo el denuedo de García no pudieron impedir que muchos Cristianos abandonasen el estandarte de sus concejos, dejando en confusion á sus caudillos y con no escaso aliento á los infieles. Acababan de juntarse con los primeros combatientes todas las demas haces de Castilla y Aragon menos la del rey D. Alfonso; mas ni aun estas pudieron contener aquella fuga precipitada que puso en tanto riesgo la suerte del combate. Eran los fugitivos por lo mas gente poco acostumbrada á los azares de la guerra; y al ver la imperturbable tenacidad de los Motawatynes creían ya ver asestadas contra sus cuellos las lanzas enemigas.

Desesperó entonces Alfonso de la batalla; mas no desfalleció. «Muramos aqui yo y vos,» dijo al arzobispo de Toledo; y como este le contestase «no quiera Dios que aqui murais: hoy vencereis á vuestros ene-

zobispo de Toledo, en cuya relacion leemos: Agareni vero in summitate quadam præsidium instar atrii firmaverunt de scriniis sagittarum, infra quod erant præcipui peditum collocati, ibidemque rex eorum recedit habens juxta se ensem, inducens cappam nigram quæ fuerat Abdelmumi, qui fuit principium Almohadum, et librum etiam sectæ nefariæ Mahometi, qui dicitur Alchoranus, etc.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

migos;» «acorramos á los de la primera haz, replicó, que muy grande es su afincamiento.» Salieron precipitadamente de su comitiva Gonzalo Rodriguez y sus hermanos; y fué tal el ardimiento que él manifestó, que Fernando García, uno de sus mejores caballeros, se vió obligado á trabar de la rienda á su caballo y á decirle: «id paso, señor, que acorrer avran los vuestros.» Veía el rey á los suyos en peligro, y no sabia permanecer quedo en medio de refriega tan sangrienta. «Muramos aqui yo y vos, repitió, buena nos es en este lugar la muerte;» y animado de nuevo por las palabras del arzobispo: «venceréis y no moriréis si á Dios place; si á Dios place que murais, por vos y con vos moriremos todos:» puso en marcha su haz, dió de las espuelas á su caballo, y corrió como un leon á arrojarse donde mas arreciaba la pelea (1). Iba á defender su vida, su trono y la gloria de sus mayores; y fué tal el valor que desplegó y el aliento que logró infundir aun en el corazon de los mas débiles, que decidió apenas llegó al campo la suerte de la batalla. Abriéronse paso las espadas cristianas entre las filas de los Motawatynes, que abandonaron á poco el monte dejándolo cubierto de cadáveres; llegaron hasta los cerrados escuadrones de los Almohades y de los Arabes de España, hirieron y mataron á diestro y siniestro, y llenaron de terror á todo el ejército enemigo. Huyeron los cadíes y walíes españoles al verlas sobre sí; entró el mayor desaliento en todos los infieles; y volviendo los mas las espaldas, desampararon vergonzosamente al Emir, que estaba aun leyendo bajo su tienda encarnada el libro del Profeta.

No quedaba ya sino un valladar que romper á los Cristianos. Los soldados que circuían á Mohamed eran muchos y bravos; sus lanzas

(1) Ponemos las palabras que pronunció el rey y el arzobispo casi tales como las encontramos en la traduccion al castellano del texto de D. Rodrigo. No creemos que esta traduccion haya sido hecha por el mismo arzobispo, como pretenden muchos cronistas, porque no nos permite creerlo así la historia de nuestra lengua; pero no siendo aquella muy posterior á la redaccion del original, nos ha parecido oportuno trasladarla casi enteramente para pintar con mayor verdad los sentimientos que animaron á Alfonso en esta batalla. El texto latino dice así: Dixit omnibus audientibus pontifici toletano: Archiepiscope, ego et vos hic moriamur. Qui respondit ei: Nequaquam, immo hic prævalebitis innimicis. Rex autem invictus animo: festinemus, inquit, primis succurrere in periculo constitutis... Tunc rex inquit iterum: —Hic, Archiepiscope, moriamur; talis enim in tali articulo mors non dedecet. Et ille: —Si Deo placet, corona victoriæ, non mors insistat. Sin autem aliter Deo placuerit, vobis commori omnes communiter sumus parati. In his autem omnibus testificor coram Deo nobilis rex non mutavit vultum, nec gestum solitum, nec loquelam: immo viriliter, et constanter, ut leo imperterritus, aut mori, aut vincere firmus erat...

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

estaban templadas en la sangre de los mas fieros Africanos, y se hacian verdaderamente temibles. Mas nada pudo su antiguo valor ni su fiereza contra el ímpetu irresistible de nuestros reyes, que, tendidos sobre la crin de sus caballos, fueron alanceándolos mortalmente y disparando contra ellos todo el cuerpo del ejército, ya resuelto á morir antes que volver atrás un paso. Nuestros mejores guerreros viendo á los negros tenaces en defender sus puestos, volvieron contra ellos las grupas de sus caballos cubiertas todas de hierro, y logrando así romper la línea de batalla, pasaron sobre los cuerpos de los vencidos hasta la estacada, que es fama que fué rota á hachazos por Sancho de Navarra.

Mohamed sentia en tanto cerca de sí el estruendo de la pelea; pero seguia aun inmóvil sobre su escudo. Estaba tranquilo, y no parecia sino que estaba aguardando resignado ver caer la espada de Alfonso sobre su cabeza. Mas se le acerca un Arabe montado en una hermosa yegua overa cuando estan ya cayendo los negros bajo las plantas de los caballos de los Cristianos; y «¿hasta cuándo has de estar ahí sentado é inmóvil? esclama: cumplióse ya el decreto de Dios; está obedecida su voluntad y fueron ya los Musulmanes.» Levántase entonces Mohamed y quiere montar el famoso alazan que está á su lado; pero le detiene el Arabe apeándose de la yegua, y «cabalga en esta doncella, le dice: ¡así quiera Dios mantenerte sobre su lomo! depende de tu salvacion la del Imperio.» Acepta Mohamed, monta en la yegua del Arabe y el Arabe en el caballo del Emir mientras estan tal vez sintiendo caer á hachazos la estacada; parten entrambos seguidos de un escuadron de negros, y corren acosados por la caballería enemiga hasta llegar á Baeza. «¿Qué hemos de hacer?» le preguntan consternados los Moros de esta ciudad; mas él está tan turbado que no acierta á responderles sino «ni consejos tengo para mí mismo: ¡Alá sea con nosotros!» Muda de caballo y sale al instante para Jaen, donde llega aquella misma noche.

Seguian aun peleando los Cristianos cuando partió el Emir, y tuvieron que pelear todavía largo rato para desalojar á cuantos habia dentro y fuera de la estacada. No querian dejar los infieles aquel último baluarte; y aunque caian muertos como las espigas bajo la hoz del segador, se levantaban siempre mas terribles sobre los cadáveres de sus hermanos, y defendian paso á paso la tienda del Califato. Mas

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

debieron sucumbir al fin al número y al valor de sus enemigos; cansados ya de lidiar, faltos de aliento, buscaron la vida en la fuga, y dejaron todo el campo á merced de los ejércitos cristianos, que esparcidos ya por todas las Navas, iban siguiendo el alcance á los dispersos derribándolos acá y acullá á los botes de su lanza y haciendo espirar á los heridos bajo las herraduras de sus intrépidos caballos.

Fué entonces tremenda la matanza que hicieron los Cruzados en los Moros. Los heraldos de Alfonso iban aun repitiendo desde el principio de la refriega: «no hay cuartel para los cautivos: el que traiga un esclavo muere con él;» y se perseguia sin piedad á los fugitivos como fieras que infestan las campiñas. Llenóse el campo de muertos, llegando á ser tantos en número, que, segun D. Rodrigo, no podia pasar la hueste del rey por encima de ellos sino con gran peligro á pesar de los muy buenos caballos que traian. Estaban los mas degollados y bárbaramente despedazados; y habia de causar horror verlos tendidos en número de doscientos mil en aquel vasto espacio.

Sonaron pronto, sin embargo, voces de alegría en medio de aquel recinto de la desolacion y de la muerte. El arzobispo de Toledo, al ver ya la corona del triunfo sobre los estandartes castellanos, levantó la voz y dijo al rey Alfonso: «acordaos de que la gracia de Dios acaba de suplir cuanto os faltaba y de apartar de vos la afrenta que permitió algun dia: acordaos tambien de vuestros soldados con cuya ayuda habeis llegado á alcanzar tan grande gloria.» Y alzando luego la frente al cielo él y los obispos que con él estaban, entonaron con lágrimas en los ojos el Te-Deum laudamus, cántico á cuyos ecos parecia abrirse el firmamento. Regocijóse toda la hueste al oir ese himno de alabanza, y vivos alaridos de gozo sucedieron á los gritos de guerra que sonaban aun á lo lejos en boca de los que seguian el alcance á los vencidos.

Eran verdaderamente momentos de júbilo para el ejército cristiano. Acababa de vencer á un enemigo poderoso, acababa de destruir el poder de los que amenazaban invadir la Europa y anegar en sangre los altares de Jesucristo, acababa de salvar su libertad, su religion, su patria. Se habia visto por dos veces en aquel anchuroso palenque con un pié en el abismo, y por dos veces le habia tendido Dios la mano y le habia llevado vencedor al través de las armas enemigas. Un humilde montañés enviado por el Señor le habia arran-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA